

bisectrices de un huevo.

Les presento una imagen,
una metáfora,
un huevo crudo en un plato,
inerte.

Víctima de la rotura de su cascarón.
Siendo espectador de un próximo crimen.
Algo va a ser quebrantado,
erosionado por una incisión sobre su superficie,
sajado.
Yema y clara, sacrificadas.
Aglutinándose entre sí.

Vuelva a mirar a nuestro huevo,
la yema está rota, ha explotado por su extrema angostura.
Pensar en este suceso hace que una afligida mente contraiga preguntas.
¿Por qué ha sido este huevo perjudicado tan abruptamente,
sin ser merecedor de tal desgarró?

Este hecho no representa algo tan simple como un alimento.
Nuestro contratiempo va mucho más allá.
¿Que ocurriría si les digo,
que esto representa un trágico acontecimiento?

El embrión de gallina que todavía permanece en el plato es,
la infancia.

La rotura de la yema,
el escabroso sentimiento que produce la ausencia de ella.

El huevo se rompe, una infancia finaliza.

Abruptamente.

Un suceso, un detonante;
pincha esta burbuja.

Un pellizco,
desbarata la inocencia.

¿Acaso el niño quiso ser damnificado por el desgarró de su infancia?

¿Elegimos nosotros cuando dejar esta atrás?

El huevo perdió su pureza.

Un delicado ser estará condenado a no vivir en la simplicidad.

A tener que crecer con su yema rota
y vivir en la monotonía de la injusticia.

Si esta imagen ha permitido enternecerle e impresionarle,
démeme decirle,
en una yema rota también se halla belleza y aprendizaje.

pese a tener que sufrir con dejar atrás una infancia,
si usted consigue regir un equilibrio entre la mixtura de
la clara y la yema,
y hacer del sufrimiento una enseñanza.

Habrá resuelto,
las bisectrices del huevo.